

rado látigo (1)»; y, por encima de todo, el desdén de las bajas complacencias, el desprecio «hacia los espíritus que corren derrengados por el salario del vulgo», el entusiasmo, el profundo amor «á la Musa feliz, alma de la ciencia y reina de las almas que, llevada en alas de su inmortal pensamiento, rechaza la tierra con pie desdeñoso y va á llamar á las puertas del cielo (2)». He ahí las fuerzas que llevó á la comedia y al drama: eran bastante poderosas para conquistarle un gran puesto y un puesto aparte.

III

Por lo mismo, sean los que quieran sus defectos, su altanería, su rudeza, su preocupación de la moral y del pasado, sus instintos de anticuario y de censor, jamás es pequeño ni vulgar. Por más que en sus tragedias latinas, como *Catilina* y *Seyano*, tribute culto á los gastados modelos de la decadencia romana; por más que, á modo de estudiante, enjarete peroratas de Cicerón, interpole coros imitando á Séneca, y declame á la manera de Lucano y de los retóricos del imperio, alcanza más de una vez el acento justo; al través de la pedantería, de la adoración literaria de los antiguos, ábrese peso la naturaleza; el autor sabe evocar las crueldades, los honores, la lubricidad grandiosa, la depravación descarada de la Roma imperial; maneja y pone en acción las concupiscencias y las ferocidades, las pasiones de meretrices y de princesas, las audacias de

(1) Prólogo de *Every man out of his humour*.

(2) *Poetaster*, acto I, esc. I.

asesinos y de grandes hombres que dieron el ser á las Mesalina, á las Agripina, á los Catilina y á los Tiberio (1). En esa Roma, cada cual marcha á su fin derecha é intrépidamente, sin que valgan como barreras la justicia y la piedad. En medio de esas costumbres de conquistadores y de esclavos, la naturaleza humana se ha pervertido, y la corrupción, lo mismo que la maldad, se miran como muestras de perpicacia y de energía. Véase la admirable sangre fría con que se trama y consume en *Seyano* el asesinato. Livia discute con Seyano la manera de envenenar á su marido, lisa y redondamente, sin ambages, como si se tratara de ganar un proceso ó dar una comida. Nada de medias palabras, de vacilaciones ni de remordimientos, en la Roma de Tiberio. La gloria y la virtud consisten en el poder; los escrúpulos quedan para las almas viles; lo propio de un corazón elevado es desearlo todo y atreverse á todo. «Aquí la conciencia es una mancha, la fortuna hace veces de virtud, la pasión de ley, la complacencia de talento, la ganancia de gloria, y todo lo demás es cosa vana.» Entusiasmado por esa grandeza de alma, exclama Seyano: «Real princesa, ahora que veo vuestra sabiduría, vuestro juicio, vuestra energía, vuestra decisión y prontitud para aprovechar los medios de vuestro bien y vuestra grandeza, me siento inflamado de amor por vos (2).» Son los amores de un lobo y una loba; él la alaba por estar tan dispuesta á matar. Y ved en un instante los hábitos de la prostituta tras las costumbres de la envenenadora: sale Seyano, y en seguida, como verdadera cortesana, se vuelve hacia su médico, diciéndole: «¿Cómo tengo

(1) Véase el segundo acto de *Catilina*.

(2) *Seyano*, acto II, escena I.

hoy la cara?—¡Muy bien, resplandeciente! El afeite está bien dado. Con todo, el albayalde ha perdido algo al sol. Hubierais debido usar el aceite blanco que os di.» Saca el frasco del bolsillo, y la unta las dos mejillas. Entre pincelada y pincelada hablan del asesinato que acaban de concertar, de lo que ella ha hecho por Seyano, y de lo que Seyano ha hecho por ella. «Ha echado á su mujer, á la bella Apicata.»—«¿No le he pagado entregándole todos los secretos de Druso?—Señora, tendréis que emplear los polvos que os prescribí para limpiar los dientes, y la pomada que os preparé para suavizar el cutis. Será poco cuanto haga una dama por cuidar de su belleza, si quiere conservar el corazón de un personaje como el que habéis conquistado (1).»—«¿Cuándo queréis tomar medicina, señora?—Cuando sea preciso, Eudemo. Pero antes preparad la poción de Druso.—Si se ganase á Ligdo, sería cosa hecha. La tengo completamente preparada. Y mañana por la mañana os enviaré un perfume para provocar la transpiración; luego os prepararé un baño para limpiar y aclarar el cutis; en el interin compondré un afeite excelente que resistirá al sol, al viento y á la lluvia, que podréis aplicar con el aliento ó con aceite, como os plazca, y que durará unas catorce horas (2).»

Acaba felicitándola por su próximo cambio de marido: Druso perjudicaba á su salud; Seyano es muy preferible: conclusión fisiológica y práctica. El boticario romano tiene en la misma tabla la caja de remedios, la caja de cosméticos y la caja de veneno (3).

(1) *Ibidem.*

(2) *Ibidem.*

(3) Véase en *Catilina*, acto II, una escena muy hermosa, no menos franca y viva, sobre la alta bohemia de Roma.

Vemos después desarrollarse sucesivamente todas las escenas de la vida romana: la compra del asesinato, la comedia de la justicia, el impudor de la adulación, las angustias y las fluctuaciones del Senado. Cuando Seyano quiere comprar una conciencia, pregunta, bromea, anda dando vueltas alrededor de la proposición que va á hacer, la insinúa como por juego, á fin de poder retroceder en caso necesario; y, cuando la mirada inteligente del bribón con quien trafica, le demuestra que es comprendido: «Déjate de protestas, Eudemo. Tus miradas son juramentos para mí. Lo que has de hacer es darte prisa. Eres un hombre nacido para hacer cónsules (1).»—En otra parte el senador Latiaris lleva á su casa á su amigo Sabino, y habla en su presencia contra la tiranía y á favor de la libertad, para incitarle á hablar á él. Inmediatamente dos delatores que ha escondido detrás de la puerta, se abalanzan sobre Sabino, gritando: «¡Traición contra César!», y le arrastran, con la cara velada, al tribunal de donde saldrá para ir á las Gemonias.—Un poco más lejos se reúne el Senado. Tiberio elige por debajo de cuerda los acusadores de Lacio, y hace que les distribuyan sus papeles. Ellos cuchichean en un rincón, mientras se oye decir en voz alta: «Vive mucho y feliz, César, grande y real César. Que los dioses te conserven, y conserven tu moderación, tu sabiduría y tu integridad. Júpiter, protege su dulzura, su piedad, su diligencia, su liberalidad (2).» Luego el heraldo cita á los acusados; el cónsul formula la acusación; Afer desencadena contra ellos su elocuencia mortífera; los senadores se enardecen; se ve al desnudo

(1) Acto I, esc. II.

(2) Acto III, esc. I.

do, como en Tácito y Juvenal, las profundidades del servilismo romano, la hipocresía, la insensibilidad, la venenosa política de Tiberio.—En fin, después de tantos otros, se acerca el turno de Seyano. Los Padres entran inquietos en el templo de Apolo; desde hace algunos días Tiberio parece haberse propuesto desmentirse á sí mismo; eleva á los amigos de su favorito, y al día siguiente coloca á sus enemigos en los primeros puestos. Se observa la cara de Seyano, y no se sabe qué prever; Seyano se turba al pronto, pero, tras un instinto de servilismo, se muestra después más arrogante que nunca. Cruzanse las intrigas; circulan rumores contradictorios. Sólo Maetrón sabe el secreto de Tiberio, y se ve á los soldados formarse á la puerta del templo, prontos á entrar al primer ruido. Se lee la fórmula de convocatoria, y el consejo anota los nombres de los que faltan, y luego anuncia que César «confiere al hombre á quien ama, al muy honrado Seyano», la dignidad y el poder tribunicios.

«He aquí las cartas selladas con su sello. ¿Qué place al Senado que se haga?»

Senadores.— Leedlas, leedlas. Que se abran. Leedlas públicamente.

Cotta.—César ha honrado mucho su propia grandeza al adoptar esa resolución.

Trío.—Es una idea feliz, y digna de César.

Latiaris.—Y digno de ello es el personaje de quien se trata.

Haterio.—Dignísimo.

Sanquinio.—Roma no se ha vanagloriado nunca más que de una virtud que pueda poner freno á la envidia: la virtud de Seyano.

Primer senador.—¡Muy honrado y muy noble!

Segundo senador.—¡Bueno y gran Seyano!

El heraldo.—¡Silencio (1).!»

Se lee la carta de Tiberio. Empieza con frases vagas y oscuras, mezcladas con protestas y recriminaciones indirectas, que anuncian algo y no revelan nada. De repente aparece una insinuación contra Seyano. Los padres se alarman; pero la línea que sigue los tranquiliza. Dos frases más lejos vuelve de un modo más preciso la misma insinuación. «Algunos (dice Tiberio) podrían interpretar su severidad pública como efecto de una ambición privada; podrían decir que, so pretexto de servirnos, separa los obstáculos que se le oponen; podrían alegar al efecto el poder que ha adquirido gracias á los soldados pretorianos, á su facción en la corte y en el Senado, á los puestos que ocupa y á los que confiere á otros, el cuidado que ha puesto en confinarnos á nuestro pesar en nuestro retiro, y, en fin, su aspiración á ser nuestro yerno.» Los padres se levantan: «¡Es extraño!» Se le ve clavar la mirada febril en la carta y en Seyano, que suda y palidece; sus pensamientos recorren todas las conjeturas, y las palabras de la carta caen una á una en medio de un silencio sepulcral, cogidas al vuelo con una energía de atención devoradora. Sondean ansiosamente las profundidades de esas frases tortuosas, temblando comprometerse con el favorito ó con el amo, convencidos todos de que deben comprender so pena de la vida. «Vuestra sabiduría, padres conscritos, puede examinar y censurar esas suposiciones; pero, si fuesen entregadas á nuestro juicio que quiere absolver, no temeríamos declararlas, según nuestro

(1) Acto V, esc. X.

sentir, muy maliciosas.»—«¡Oh! lo ha reparado todo. ¡Escuchad!»—«Sin embargo, los denunciadores se compreten á probarlas, y lo juran por su vida.» Con esta frase la carta se hace amenazadora. Los que están al lado de Seyano se apartan de él: «¡Más lejos! ¡más lejos! ¡Dejadnos pasar!» El pesado Sanquinio salta anhelante por encima de los bancos para huir. Entran los soldados; entra Macrón. Y, por último, la carta manda detener á Seyano. Se le abruma á denuestos: «¡Fuera de aquí!—¡al calabozo!—¡merecido lo tiene!»—Coronemos todas nuestras puertas de laureles; que lleven en seguida al Capitolio un buey con los cuernos dorados y adornado de quirnaldas, y que se le sacrifique á Júpiter por la salvación de César.—Que se borren todos los títulos del traidor.—Que se echen abajo sus imágenes y sus estatuas.—¡Libertad, libertad, libertad! Llor á Macrón, que ha salvado á Roma (1).» Son los ladridos de una jauría furiosa, soltada al fin contra el que la ha molido á palos y á cuyos pies se arrastraba. Jonson encontraba en su alma enérgica la energía de esas pasiones; y la lucidez de su espíritu, unida á su ciencia profunda, impotentes para construir caracteres, le deparan las ideas generales y los pormenores salientes que bastan para componer las pinturas de costumbres.

IV

Por lo mismo, hacia ese lado se inclina su talento: casi toda su obra consiste en comedias, no sentimen-

(1) *Ibidem.*

tales y fantásticas como las de Shakspeare, sino imitativas y satíricas, hechas para representar y corregir las ridiculeces y los vicios. Introduce un género nuevo; sobre este punto tiene una doctrina; sus maestros son los antiguos Terencio y Plauto. Observa casi exactamente las unidades de tiempo y de lugar. Se burla de los autores que, en la misma obra, «presentan al mismo personaje en la cuna, hombre hecho y viejo de sesenta años; que, con tres espadas herrumbrosas y frases de á vara, hacen desfilar delante de vosotros todas las guerras de York y de Lancaster; que tiran petardos para asustar á las señoras y derriban tronos desvencijados para divertir á los niños (1)». El quiere presentar en escena «acciones y palabras como las que se ven y oyen en el mundo, quiere dar una imagen de su tiempo». No más «monstruos, sino hombres», hombres como los que vemos en la calle, con sus singularidades y su genio, con «esa cualidad peculiar que, inclinando en un mismo sentido todas sus potencias y todas sus pasiones», los marca con un sello único. Ese carácter saliente es el que él pone de manifiesto, no con curiosidad de artista, sino con odio de moralista. «Flagelaré á esos monos y les pondré delante de los ojos un espejo tan grande como el teatro en que nos movemos. En él verán disecadas las deformidades de la época, hasta el último nervio y hasta el último músculo, con valor firme y desprecio del temor... Mi rígida mano ha sido hecha para estrujar el vicio, para retorcerle, para exprimir la sandez de esas almas esponjosas que absorben todas las bajas vanidades (2).» Claro que una idea preconcebida tan

(1) Prólogo de *Every man in his humour*.

(2) *Ibidem.*